

15601

Mayo 23/74

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA
COSECHA,

COMEDIA EN TRES CUADROS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

—
SEGUNDA EDICION.
—

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.-40.-2.°

—
1874.

1217

L47 - 6501

AUMENTO A LA ADICION DE 1.º DE ENERO DE 1874.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á gusto de la tía.....	1	E. Navarro.....	Todo.
Desde el cielo.....	1	C. Frontaura.....	»
Don Lesmes.....	1	Manuel Nogueras.....	»
El diluvio.....	1	José Velazquez.....	»
El elixir de la vida.....	1	J. Fernandez Bremon.....	»
El libro talonario.....	1	J. Hayesecca.....	»
El niño de Juanita.....	1	Cárlos Trigo.....	»
El retrato de Macaria.....	1	R. María Liern.....	»
El testamento del tío.....	1	Cárlos Trigo.....	»
Ernestine.....	1	E. Blasco.....	»
Fuego en San Ginés.....	1	E. Blasco.....	»
Gloria á Bilbao.....	1	E. Zumel.....	»
La filosofía del vino.....	1	Teodoro Guerrero.....	»
Los espíritus.....	1	J. Fernandez Bremon.....	»
Mi mujer me engaña.....	1	Eduardo de Lustonó.....	»
1873 y 1874. (<i>Revista.</i>).....	1	R. Valero y Llorens.....	L. y M.
Sermon perdido.....	1	Teodoro Guerrero.....	Todo.
Un nin de enredos.....	1	N. N.....	»
Un sí.....	1	Petano y Torres.....	»
Levantar muertos.....	2	Ramos Carrion.....	»
Morirse á tres dias fecha.....	2	E. Zamora y Caballero.....	»
El anzuelo.....	3	E. Blasco.....	»
El honor.....	3	R. de Campoamor.....	»
La nada entre dos platos.....	3	Malli y Coello.....	»
Blanca Blandini.....	4	E. Zumel.....	»
El vizconde de Commarin.....	4	E. Zumel.....	»

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

- El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano. (Tercera edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1).
Sapos y culebras (1).
Una Virgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (Segunda edicion.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (Tercera edicion.)
La planta exótica. (Segunda edicion.)
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (Sexta edicion.)
Los lazos de la familia. (Cuarta edicion.)
- Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo
El Marqués y el Marquésito.
Los infieles (3). (Tercera edicion.)
La agonía. (Tercera edicion.)
Flores y perlas. (Cuarta edicion.)
Dios sobre todo.
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural. (Segunda edicion.)
La cosecha. (Segunda edicion.)
En brazos de la muerte.
¡Bienaventurados los que lloran! (Cuarta edicion.)
El bien perdido.
Oros, copas, espadas y bastos. (Cuarta edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adán.
El árbol del Paraíso.
El Caballero de Gracia.
La tarde de Noche-buena.

ZARZUELAS.

- Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)
Todo son raptos. (Música de Oudrid.)
As en puerta. (Música de Oudrid.)
La perla negra. (Música de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (Música de Gaztambide.) (Tercera edicion.)
La conquista de Madrid. (Música de Gaztambide.) (Segunda edicion.)
Cadenas de oro (Música de Arrieta.) (4).
Una revancha. (Música de Campo.)
La insula Barataria. (Música de Arrieta.)
Punto y aparte. (Música de Rogel.)
Los órganos de Mostoles. (Música de Rogel.) (Segunda edicion.)
- Los infiernos de Madrid. (M.^a de Rogel.)
La varita de virtudes. (Música de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (Música de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (Música de Marqués.)
Justos por pecadores. (Música de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (Música de zarzuelas.)
El atrevido en la corte. (Música de Caballero.)
El conde y el condenado. (Música de Rogel é Izenga (5).
Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (5.^a ed.)

OBRAS NO DRAMATICAS.

- Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

- (1) En colaboracion con D. Luis de Egnilaz.
(2) Idem con D. Ventura de la Vega.
(3) Idem con D. Narciso Serra.
(4) Idem con D. Ramón de Navarrete.
(5) Id. con D. Antonio García Gutierrez.

LA COSECHA,

COMEDIA EN TRES CUÁDROS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. LUIS MARIANO DE LARRA.

Representada en el Teatro de VARIEDADES el día 4 de Diciembre
de 1863.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 16.

1874.

PERSONAJES. ACTORES.

MAGDALENA..... SRTA. BERROBIANCO.
DOÑA LUISA..... SRA. ORGAZ.
DON JUAN..... SR. ROMEA (D. JULIAN).
ENRIQUE..... SR. MORALES.
Un criado.

ORIGINAL

D. LUIS MARTINO DE LARRA

La escena en Madrid: 1865.—La accion empieza á las siete de la noche y concluye á las dos de la madrugada.

1865

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada El Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ CALVARO, 12

1865

Á SU QUERIDO AMIGO

JUAN RUIZ DEL CERRO,

Lara,

180 GUERRA ANGO

JUAN RUIZ DEL CERRO.

180

CUADRO PRIMERO.

Salon elegante y de proporciones reducidas. Muebles de lujo, pero que dan á conocer que la habitacion está destinada á hombres solos. Armas, libros, broncees, etc., etc.—Velas encendidas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE y el CRIADO por el foro: el primero viene de la calle.

ENRIQUE. Pero ¿ha dicho que no vuelve?

CRIADO. Iba á comer, segun creo,
á casa del general.

ENRIQUE. Creí entender algo de eso
esta mañana.

CRIADO. ¿Se saca
la comida?

ENRIQUE. Yo no tengo
gana; comeré más tarde.

CRIADO. ¿Comemos nosotros?

ENRIQUE. (Con indiferencia.) ¡Bueno!
dime, ¿no ha venido nadie
á buscarme? (Con interés.)

CRIADO. El caballero
del otrò dia.

ENRIQUE. ¡Rodriguez!
¡que vuelva!—No te digo eso...
Te pregunto... (Con interés.)

CRIADO. (Interrumpiéndole.) ¡No señor!

ENRIQUE. (Quedó en que el lunes nos viéramos
y debía haberme escrito.
¡Siempre lo mismo! ¡misterios!
¡inconsecuencia! ¡Es forzoso
que esto concluya: no quiero
hacer el papel de idiota
enamorado más tiempo!)

CRIADO. ¡Quiere usted algo?

ENRIQUE. (De mal humor.) ¡No, vete!
(El Criado se va por el foro.)

ESCENA II.

ENRIQUE.

¡Oh! ¡qué inocente! ¡qué crédulo
es el hombre!—¡Que busque otro
galán más rendido y tierno,
más amigo de creerla,
más cándido!—¿Qué proyectos
son los suyos?—Es que sabe
que la amo de veras, y eso
es bastante para darla
de atormentarme pretextos.
¿No sé yo cuál es su vida?
—¿Por qué entónces este miedo
ridículo? ¡Á qué su farsa
de elevados sentimientos?
—¡Sí; siempre habla de ellos más
el que los conoce menos!
(D. Juan entra por el foro, de la calle.)

ESCENA III.

ENRIQUE, D. JUAN.

JUAN. (Dejando el sombrero en una silla.)

¿Qué es eso? ¿monologuizas?

ENRIQUE. ¡Hola! (Saludando.)

JUAN. ¡Ese es un vicio feo
hasta en el teatro!

- ENRIQUE. ¿Vienes de buen humor?
- JUAN. ¡No lo niego!
¿Le tienes tú malo?
- ENRIQUE. Yo,
nunca le tuve más negro.
- JUAN. ¿Te ocurre algo grave?
- ENRIQUE. ¿Puede?
- JUAN. ¿Has perdido anoche al juego?
- ENRIQUE. ¡Tal vez, pero eso no importa!
- JUAN. ¡Demonio! pues qué, ¿es más serio?
- ENRIQUE. ¡Mucho más!
- JUAN. (Con interés.) ¿Debes batirte con alguien?
- ENRIQUE. ¡Más!
- JUAN. ¡No lo entiendo!
- ENRIQUE. ¡Son luchas del corazón! (Con fuego.)
- JUAN. ¡Ah! ¡vamos! un amor nuevo; (Con burla.)
alguna sílfide errante
de pie breve y albo seno!...
¡de miradas seductoras!
¡algun culebron!...
- ENRIQUE. ¡No es cuerdo
reírte de lo que tú
no conoces!
- JUAN. (Sentándose.) Pues dispuesto
me tienes. Enamorados
y poetas no están contentos
si no tienen siempre á mano
quien oiga quejas y versos!
¡Venga la historia!
- ENRIQUE. Contigo
es inútil; ya estoy viendo
aparecer en tus labios
la sonrisa del incrédulo!
¡Hablarte á ti de pasiones,
es peor que hablarte en griego!
- JUAN. ¡Ah! sí; ¡vosotros los hombres
de fibral... los que corrieron
como tú tantas borrascas
bajo el tormentoso cielo
de la juventud, sois solos

depositarios del fuego terrible de las pasiones! vuestra alma es grande... ¡muñecos!

ENRIQUE. ¡Vaya! ¡bien!
JUAN. Acaba pronto

con mil demonios. ¿Qué es ello?

ENRIQUE. ¡Vas á reírte de mí!

JUAN. ¡Mejor; así pasaremos el rato! no tengo prisa hasta las nueve. Oigo.

ENRIQUE. (Sentándose.) Empiezo
¡Amo á una mujer! (Con solemnidad.)

JUAN. ¡Muy bien!

¿Cómo? (Con aplomo.)

ENRIQUE. ¡No entiendo bien eso!

¿Cómo se ama!

JUAN. Ahora principias

y ya no estamos de acuerdo!

El amor se subdivide

en cuatro órdenes. Primeros:

«Amor platónico.» Cartas,

suspiros, ayes, telégrafos,

pasear la calle; apenas

tocar á la bella un dedo,

aun cuando nos dé la mano

para que el pie la tomemos;

¡este amor muere de frío!

Es muy malo en el invierno.

Segundo orden. «Amor práctico.»

Nada de ayes ni lamentos;

la vida es corta y vivir

es amar; el hombre es fuego,

la mujer estopa; el diablo

parece un fuelle perpétuo:

¡sopla aquí!... sopla acullá!

¡Se insiste, estalla el incendio,

arde la finca, y entónces

hay que buscar cuarto nuevo!

Tercer orden. «Amor gástrico.»

siempre acaba en tifoideo.

¡Pasion profunda! ¡imposibles!

¡lucha continua de afectos!

¡la muerte ántes que el olvido!
¡desesperación!... Ejemplos.
Los amantes de Teruel...
no ha habido más; continuemos.
Cuarto orden. «*Amor pacífico*,»
ese es el que da subiendo
por la calle de la Pasa...
número tres; allí dentro,
hay unas cuantas mesitas;
echas una firma, luego
te pasas por la parroquia,
¡te vas á casa y has muerto!
Ahora bien, de estos amores,
¿cuál es el tuyo?

ENRIQUE.

No puedo
clasificarle; yo amo
á una mujer; ¡yo la quiero
con alma y vida! ¡por ella
diera todo cuanto tengo!
¡Dudo de su amor y es ese
mi suplicio y mi tormento!

JUAN.

Enrique; al morir tu padre,
mi único hermano, recuerdo
cuáles fueron sus palabras.
«Mi hijo á tu cargo dejo.
» ¡Ricos somos ambos; dale
» tus cuidados, tus consejos
» y acompáñale en la senda
» de la vida!» ¡Así lo he hecho!
Yo te he educado á mi modo,
te he dado mis pensamientos;
mis ideas sobre el mundo
y sobre los hombres; creo
que más que tu tío, he sido
tu amigo y tu compañero!
Yo he procurado inculcarte
las máximas que profeso
para no tomar la vida
nunca por el lado sério.
El hombre debe ser libre
como el aire; los afectos
sólo han de ser episódicos;

los amores volanderos;
pasiones, en la semana
santa bastantes tenemos;
amigos, los que se encuentren
por la tarde en el paseo.
¿Qué más puede ambicionarse?
El hombre es feliz teniendo
una regular figura,
buen sastre y mucho dinero.
No aceptes las situaciones
que no se salvan sin riesgo,
y mira al mundo por fuera,
que está algo sucio por dentro.
Esto no se dice en público;
mas como lo conocemos,
seguimos viviendo y todos
somos unos caballeros.

—Fulano... ¡qué buen muchacho!

—Mengano—¡qué buen sujeto!

—Zutano—¡qué gran político!

En fin, todos somos buenos,
mas no te fies de nadie,
por si acaso.—¡Sigue el cuento!

ENRIQUE. Es que yo amo, Juap, y hoy (Con convicción.)

por la vez primera siento,
algo que tú no me has dicho
y que palpita en mi pecho.

JUAN. ¡Los pocos años. Enrique,
el amor no es más que un juego
de azár, aquel que más pone,
pierde más!

ENRIQUE. Tal vez por eso
dudo de su amor; tal duda,
te lo he dicho, es mi tormento.

JUAN. Dice una mujer que te ama,
pues créela, y no seas necio...
¿quién te manda averiguar
los quilates de su afecto?
Que el oro de esa cadena
(Cogiéndole la del reloj.)

El hombre
tiene mucha liga?... Bueno,
dejará de ser cadena,

y de oro? Llévela al cuello,
que en tanto que á tí te sirva
¿quién va á adivinar el precio?

ENRIQUE. Es que la mujer que adoro
vive envuelta en un misterio
impenetrable; virtuosa
por necesidad ó empeño,
á la seducción resiste
de mi amor. Es libre; puedo
entrar en su casa; no hay
padres; parientes ni deudos;
me ama, y sin embargo es tanto

JUAN. ¡Vaya! ¡Esa quiere atraparte!
¿Cuántos años tiene? No, eso
no lo sabe; las mujeres
se los ponen al espejo!...
¡Tendrá los que le acomode!

ENRIQUE. ¡Es casi una niña!

JUAN. Pero
¿no te ha hablado nunca ella
de las dichas de himeneo,
de los amores legítimos,
de los placeres domésticos?

ENRIQUE. ¡Nunca!

JUAN. ¡Quiero conocerla!
Yo soy algo perro viejo,
y hablándola... Llevo ya
cuarenta años de soltero...
y la que á mí me la pegue...

ENRIQUE. ¡Mira, ya hablaremos de ello!
espero una carta suya,
si no la recibo, iremos
los dos; mientras, no quisiera
darte más detalles.

JUAN. ¡Bueno!
á tu gusto! Pero sigue
mientras tanto mis consejos:
no envuelvas á la mujer
en ese traje poético
de emociones ideales!
¡Créeme! es de carne y hueso

como el hombre! Como él siente,
tiene sus mismos deseos,
lleva el gérmen del pecado
original en su seno,
y aunque vela sus instintos
son siempre como los nuestros.
Hacerla ángel, adorarla
como á una hija del cielo,
es exponerse á encontrar
el barro de que fué hecho
nuestro ser, y del que el suyo
es un trasunto incompleto.
El hombre, cuando ama, cree
que es la mujer ser angélico,
santa, mártir, y si un día
la ve cómo es, dice ciego:
«¡Me ha engañado! ¡era una infame!»
en vez de exclamar más cuerdo:
«era yo un tonto! ¡los ángeles
no bajan á nuestro suelo,
y si bajaran, irían
sin miríñaque!» ¡Esto es cierto!
ENRIQUE. Tal vez tengas tú razon.

ESCENA IV.

JUAN, ENRIQUE, el CRIADO, que entra por el fondo.

CRIADO. ¡Señor! (Dándole una tarjeta.)
JUAN. ¿Qué ocurre?
(Lee la tarjeta y dice con rapidez.)
Al momento
que pase aquí. ¿Viene sola?
CRIADO. ¡Sí, señor!
ENRIQUE. ¡Vaya! molesto;
tienes que hacer.
JUAN. Sí; es asunto
breve. (Indica al Criado que se vaya.)
CRIADO. ¡Voy! (Váse por el foro.)
JUAN. Juntos saldremos
despues; y piensa entre tanto
cómo siendo ángeles bellos,

al llegar á sesenta años
se vuelven brujas!...
ENRIQUE. Te dejó.
(Entra en la habitacion de la izquierda.)

ESCENA V.

D. JUAN, despues DOÑA LUISA.

JUAN. ¿Qué traerá aquí doña Luisa,
tipo exacto y verdadero,
excepto rosario y tocas,
de las dueñas de Quevedo?

LUISA. ¡Oh! Don Juan, está usted solo?

JUAN. Ya lo ve usted; ¿qué tenemos?

LUISA. ¡Tenemos, que mi sobrina
no está contenta!

JUAN. Y ¿qué es ello?

LUISA. ¡Caprichos; el ocio, padre
de los malos pensamientos!
Ya sabe usted que hace dias
su carácter, siempre sério,
se ha puesto algo más sombrío
que de costumbre! ¡Lamentos!
¡Suspiros! aquello de
«¡yo vivir así no puedo!»
«¡qué infeliz nací!» ¡Las cosas
naturales!...

JUAN. (Interrumpiéndola.) ¡Acabemos!

LUISA. ¡Mire usted qué tontería!
Yo siempre la estoy diciendo:
¿Qué te falta? Tienes coche...

JUAN. ¡Tenemos!...

LUISA. ¡Eso es, tenemos!...
tienes trajes, galas, joyas,
abrigo de terciopelo,
una tia que te quiere,
un amigo verdadero,
que te estima y te visita
una vez al mes lo ménos!
No tienes padre ni madre
que te molesten con cuentos

ni sermones; en fin, eres,
ó yo de mundo no entiendo,
la muchacha más dichosa,
más feliz del universo!

JUAN.

Pero, en fin...

LUISA.

Yo no sé cómo,
duda de mi parentesco;
dice que á ser yo su tia,
hubiera impedido á tiempo
que algunos interpretáran
su situacion: mire usted eso,
qué le importa á nadie?...

JUAN.

Vamos,

doña Luisa...

LUISA.

Voy á ello.
¿Tiene usted alguna queja
de mí? Cuando yo al colegio
de Bayona fui á buscarla,
con la comision cumpliendo
que usted me dió, por su tia
pasé allí, ¿no es esto cierto?

JUAN.

¡Sí!

LUISA.

¿No la dijo usted mismo:
«Yo he sido amigo sincero
»de tu padre; esta señora
»es tu tia; yo conservo
»hasta tu mayor edad
»todo el capital entero
»de tu padre; vivireis
»las dos juntas; vendré á veros,
»y todo cuanto os ocurra
»tendreis?...» En fin, todo eso
que se dice en circunstancias
análogas.

JUAN.

Yo no entiendo
para que...

LUISA.

Pues como digo;
yo la he dicho: «Ten buen genio;
»tu protector si te ve
»siempre así, dirá ¿qué es esto?
»y si se cansa ¡ya ves!
»¿dónde encontrar uno nuevo,

»tan generoso, tan poco
»exigente?...»

JUAN. ¡Qué! (Sorprendido.)

LUISA. Yo debo

mirar por ella y por mí!

Si usted la casa le ha puesto

y si usted con tanto rumbo

me paga mi parentesco,

debo hacer por conservarlo...

JUAN. Pero... ¿Usted cree? (Indignado.)

LUISA. ¡Yo creo

lo que es! ¡lo que todo el mundo

debe crear!... ¡y no acierto

á qué son esos tapujos!...

Yo que de veras la quiero,

siquiera porque hace un año

que nos cubre el mismo techo,

la he enseñado algo del mundo;

ella es cándida en extremo,

y la he dado á conocer

los peligros y los riesgos

de andarse con ilusiones,

y atender á galanteos

improductibles, ¡papel

sin interés! ¿Todo eso

de qué sirve? Yo no he sido

una hermosura en mi tiempo

de esas que gustan á todos;

tenía buen pie y buen cuerpo...

¡pero la cara fué siempre

fatalita! ¡Y bien recuerdo

que el amor sentimental

siempre excitaba mis nervios!

¡Yo soy muy nerviosa!

JUAN. Aguardo

con impaciencia...

LUISA. En efecto,

me he distraído... ¡resabios

de cuando casada!

JUAN. ¡Al hecho!

LUISA. Nos habían convidado

anoche para un concierto...

en casa de un conde ruso
que yo conocí en Burdeos...
Fuimos, ¡estaba brillante
la casa! ¡Luces, espejos,
jardín alumbrado á *giorno*,
la música de ingenieros
en el portal! ¡Lo mejor
de Madrid del sexo feo!
de señoras algo flojo...
Parece que un caballero
que estaba un poco *grissé*,
dijo á la niña un requiebro
algo positivo, y ella
sin oír más, al momento
cogió mi brazo y me hizo
salir de la casa, ¡bueno!
Yo hoy comiendo, la verdad,
he lamentado el suceso,
y la he dicho que esos aires
de vestal, son de otros tiempos;
que su posición se presta
á algunos atrevimientos,
y que hay que tomar las duras
con las maduras; se ha puesto
hecha una furia! ¡Señora!
me ha dicho, al punto, corriendo,
que venga don Juan!—No sé
para qué esos embelecos;
pero en fin, aquí he venido
por complacerla, y espero
que usted la haga razonable.

JUAN.

Bien; vuelva usted al momento
y dígala que esta noche
iré á verla!...

LUISA.

¡Si era eso!
¡Se aburre sola! ..

JUAN.

¡Señora!

LUISA.

Lo mismo era yo en mi tiempo,
¡el ocio me era insufrible!...
no haciendo algo...

JUAN.

Mientras llevo,
no hable usted ni una palabra

- LUISA. con ella, ¡yo se lo ordeno!
Bien. (Qué mojigaterías!
¿á qué vendrá todo esto?)
- JUAN. (¿Cómo yo no había previsto?)
- LUISA. ¿Con que irá usted?
- JUAN. ¡Sí, y la ruego,
por su propio bien, que calle!
- LUISA. Algo difícil es eso;
pero en fin... ¡hasta despues!
¡que esperamos!
- JUAN. ¡Hasta luégo!
(Doña Luisa se va por el foro. Pausa.)

ESCENA VI.

D. JUAN.

¡Oh! ¿quién hubiera pensado
que esta vieja impertinente
destruyera de repente
un plan tan bien combinado?
Y ahora imposible será
hacerla entrar en razon,
si á la pública opinion
empieza temiendo ya!
Á pesar de mi arraigada
conviccion, llega un momento
en que dentro de mí siento
ver mi vida malgastada;
hay algo en mí que me incita,
que á atormentarme comienza,
y esé *algo* que me avergüenza
es mi conciencia que grita!
¡Oh! y si la dejo gritar!...
¡si empieza á sacar memorias
de mi vida, tengo historias
que me han de escandalizar!
¡Falaces sueños de amor!
¡Hay en el alma, escondido,
un rincon para el olvido,
y allí están mucho mejor!

ESCENA VII.

D. JUAN, ENRIQUE, por la derecha, con un papel en la mano.

ENRIQUE. ¿Estás ya libre? (Desde la puerta.)

JUAN. ¡Ya ves!

ENRIQUE. ¡Bribon! ¡andas todavía
en lances, y así de día!...

JUAN. Esa era una anciana...

ENRIQUE. ¡Pues!

JUAN. ¡Yo te lo juro! ¡Te veo (Observándole.)
mejor que cuando has salido
de aquí!

ENRIQUE. Sí.

JUAN. ¡Hola!

ENRIQUE. (Con alegría.) ¡He recibido
carta suya!

JUAN. ¡Te deseo
buena suerte!

ENRIQUE. Vengo á darte
más detalles del asunto.

JUAN. ¡Bueno; dámelos al punto!

ENRIQUE. ¡Y tengo que consultarte!

JUAN. ¡Ya lo has hecho!

ENRIQUE. Este papel
mis ideas ha cambiado.

JUAN. ¿Qué es eso? ¿viene encerrado
algun desengaño en él?

ENRIQUE. ¡No; pero ella, que hasta ahora
verme á solas resistía,
en la carta que me envía
me da una cita á deshora!

JUAN. ¡Hola!

ENRIQUE. ¡Es un caso tan raro!

JUAN. ¡Que se cansó se conoce
de esperar!

ENRIQUE. ¡Para las doce
de la noche estoy citado!

JUAN. ¿Y para qué es la consulta?
Ya en claro el lance se ha puesto.
¿Vas á la cita? ¿no es esto?

ENRIQUE. Eso es lo que aquí resulta.

Pero...

JUAN. ¿Vamos; qué te pasa?

¿sientes ahora obtener
lo que era tu empeño ayer?

¿no entraste nunca en su casa? (Con ironía.)

ENRIQUE. ¡Tío! ¡entiéndeme mejor!

JUAN. Sólo lo de *tío* siento.

ENRIQUE. ¡Deja hoy por un momento
tu espíritu mofador

y oye! ¡Yo amo á esa mujer!

JUAN. ¡Veinte veces me lo has dicho!

ENRIQUE. ¡No es este amor un capricho
que al cabo se ha de vencer!

No por hacerla yo mia

disminuirá este tormento,

que acibara mi contento

y viene á helar mi alegría.

En mi amor correspondido,

en mi deseo alcanzado,

viviré desesperado.

JUAN. ¡Ven, sobrino maldecido,
acaba de hablar! ¿qué quieres?

¡dímelo ahora mismo todo!...

ENRIQUE. ¡Yo la quiero de otro modo (Con pasión.)

que he querido á las mujeres!

¡Ni tu ejemplo, ni la misma

educación que de tí

recibí yo, quita en mí

esta duda que me abisma!

¡Premiará mi amor ardiente

y viviré desgraciado,

con celos de su pasado,

con celos de su presente!

Siempre mi fe verdadera

vendrá á decirme al oído:

«¿qué hizo hasta que te ha querido?

¿qué hará cuando no te quiera?»

JUAN. ¡Ay Dios mio de mi alma!

¿y eso á estar triste te obliga?

Cree lo que ella te diga

y goza su amor en calma!

¿Qué mujer has conocido
que te diga francamente,
que el amor que por tí siente
por algun otro ha sentido?

Yo hago á tu memoria juez;

¿no te han dicho todas, dí,
cuando te han amado á tí,
que era por primera vez?

Pues bueno; créetelo,
que eso bien poco te cuesta.

¿Por qué al vivir, te molesta
saber que otro hombre vivió?

Á desesperarte vas,
y á aburrir á esa señora:

porque tú vives ahora
¿no han de vivir los demas?

ENRIQUE. Y si hoy mismo, aunque su pecho (Con misterio)
ese amor por mí sintiera,
á su corazon tuviera
ótro hombre mejor derecho?

JUAN. ¡Vamos!... ¡si fuera casada!...

ENRIQUE. En ese caso probable...

JUAN. ¿De qué eres tú responsable

si ella hace lo que le agrada?

Y ademas, sin ser un tonto

tú de eso no has de acusarla;

otro la vió, llegó á amarla...

¿por qué no fuiste más pronto?

ENRIQUE. Y mientras ese hombre exista,

con cuyo recuerdo lucho,

dime, Juan, ¿no tiene mucho

de despojo mi conquista?

Aunque el mundo llame bobo

al que pierde la ocasion,

á mí tan cobarde accion

siempre me parece un robo!

Todo el que consigue artero

tal triunfo, que así se nombra,

ocultándose en la sombra,

ni aun es ladrón, es ratero!

JUAN. Puede que sea verdad,

pero si ella nos redimen...

ENRIQUE. Créeme, Juan, ¡hasta el crimen
necesita dignidad!
Si el hombre no encuentra modo
á la luz de su razon,
de vencer una pasion,
debe atropellar por todo!
El alma ha de ser leal
hasta en los pasos mal dados,
y aceptar los resultados
ya del bien, ó ya del mal!
Y yo creo mejor hecho
huir con esa mujer,
que amante dichoso ser
teniendo otro á ella derecho.

JUAN. ¡Ella te da el corazon;
por tu amor llega á faltar,
y tú la quieres quitar
tambien la reputacion!
Á menos de ser un vándalo,
debe evitar siempre el hombre,
que de la que adora, el nombre
caiga en poder del escándalo.
Mujeres hay que en conciencia
para el mundo se perdieron,
no tanto por lo que hicieron
como por una apariencia.
El mundo á la mujer honra,
aunque ande en un gatuperio,
cuando envuelta en el misterio
sabe ocultar su deshonor,
y se pierde sin poder
reparacion conseguir,
la que da más que decir,
no la que da más que hacer!
Sé feliz y reservado,
y cuando llegue tu olvido,
la mujer no habrá perdido
más que el haberse engañado.

ENRIQUE. (Con cierto temor y vacilacion.)

1 La paloma y los halcones.

¡Pero y si ese lazo fuera
ménos sagrado!...

JUAN.

¡Acabáras!

y tú por siempre tomáras
lo que dejaba cualquiera?
Hay otro que cree en su amor,
porque le cuesta el dinero,
y tú como un caballero
quieres hacer de traidor!
¡Y yo creía otra cosa!
Este es un lance vulgar
que nunca puede acabar
en que ella sea tu esposa!
Eres un necio y un tonto;
los sucesos poetizas,
y de ese amor las cenizas
vas á traerme muy pronto!
Deja tú al mundo correr...
¡si otro es su dueño!... ¡mejor!
que meterse á redentor
suele dar mucho que hacer!

ENRIQUE. ¡Es decir!...

JUAN. (Con solemnidad, pero sin entonación enfática.)

Cuando en el mundo
nuestra loca juventud
siente al hallar la virtud
respeto innato y profundo;
cuando hacemos cruda guerra
al vicio que en otros vemos,
y en nuestra madre ponemos
cuanto hay de santo en la tierra;
cuando aun siendo malo el hombre
dice á su alma enamorada:
«solo á una mujer honrada
debemos dar nuestro nombre!»
Es porque siente en su ser
que la honra es un cristal
que el solo aliento del mal
puede empañar y romper!
Deja que mi voz serena
contra tu pasión te arguya;
no hagas nunca mujer tuya

á quien dicen que fué ajena:
no basta que sea honrada
si á las pervertidas copia;
la mujer para ser propia
ni aun ha de ser sospechada!

ENRIQUE. ¡Tienes razon!

JUAN. Yo veía
hoy en tí cierta tendencia
á creer en la inocencia
de quien tal carta te envía.
Vé á la cita; tu inhumana
hoy á las doce te espera;
haz lo mismo que yo hiciera
y... ya hablaremos mañana!

ENRIQUE. ¡Dices bien! (Poniéndose el sombrero.)

JUAN. (Id.) Yo en el Casino
te esperaré hasta las dos.
¡Si no nos vemos, adios!

ENRIQUE. Ahora... ¿cuál es tu camino? (Con intencion.)

JUAN. ¡Vamos! ¡Te veo de broma!
Aunque tambien tengo asuntos
tomaremos café juntos!
(Saca un cigarro de la petaca)

ENRIQUE. ¡Trae! (Cogiendo otro.)

JUAN. ¿Tienes lumbre?

ENRIQUE. No.

JUAN. (Enciende un fósforo.) Toma.
(Encienden los cigarros y se cogen del brazo.)

ENRIQUE. ¡Cuando así juntos nos vemos,
que hermanos somos presumo!...

JUAN. ¡El brazo! La vida es humo...
¡fumemos, chico, fumemos!

(Salen por el foro del brazo: ántes de que se oculten á la vista del espectador cae el telon.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Gabinete en casa de Magdalena. Muebles ricos y elegantes.
Puerta al foro y laterales. Es de noche. Velas encendidas.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LUISA, de pie, junto á MAGDALENA, recostada en una butaca, con la mano puesta en la mejilla.

LUISA. ¿Con que es decir que no hay forma de que me contestes? ¡Habla!

MAGD. No estoy buena... (Secamente.)

LUISA. Ya te he dicho

que vendrá! Me dió palabra, y cuento... Los nueve dias que hace hoy que no viene á casa han sido fatales. ¡Nunca te ví de tan mala cara, de tan mal humor!

MAGD. (¡Paciencia!)

LUISA. ¡Ni á la Fuente Castellana hemos ido hoy! Te aseguro que yo me pongo muy mala cuando no salgo.—Mi esposo, porque yo he sido casada, ya lo sabes, con un primo

- de tu padre, se empeñaba en no salir, y yo siempre, por evitarme jaranas domésticas, no salía sino de Ramos á Pascuas. Un rato temprano á tiendas... luégo dos horas escasas al Prado... todas las noches al teatro... ¡Siempre en casa! ¡Pasé una vida! y ahora, desde que él murió, ¡Dios le haya perdonado... me desquito!... Pero, ¿qué tienes, muchacha?
- MAGD. Señora...
- LUISA. (Picada.) ¡Vamos, señora! ¡Tía! ¿por qué no me llamas como siempre?
- MAGD. ¿Ya las nueve darán pronto?... (Sin contestarla.)
- LUISA. Apenas faltan diez minutos... ¡La impaciencia la devora!
- MAGD. ¡Cuánto tarda! (Pausa.) Diga usted... ¿vive don Juan solo?
- LUISA. ¡Solo! yo las varias veces que he ido, no he visto más que á sus criados... ¡Vaya, está celosa! Esa era de su malestar la causa! ¿Sospechas tú que don Juan ande en trapicheos? ¡Calla, mujer, no te lo figures! Es incapaz...
- MAGD. Y aunque haga lo que quiera de su vida, ¿á mí qué me importa?
- LUISA. ¡Nada! pero como has preguntado...
- MAGD. Tiene usted la mala maña de interpretar casi siempre á su gusto mis palabras...

- YO NO HE PREGUNTADO TANTO...
- LUISA. (¡Pues, señor, siga la farsa!
¡qué empeño de hacerla á una
comulgar...)
- MAGD. (Levantándose.) ¡Creo que llaman!
- LUISA. Sí; ¡él debe ser!...
- MAGD. ¡Ya era hora!
- LUISA. Él dijo que no faltaba,
y ya está aquí!
(Aparece Enrique en la puerta del foro: deja el
sombrero y baja al proscenio con rapidez.)

ESCENA II.

MAGDALENA, DOÑA LUISA, ENRIQUE.

- MAGD. (Turbándose.) ¡Dios! ¡Enrique!
- LUISA. ¿Qué es esto?
- ENRIQUE. Que no contaban
ustedes con mi visita! (Con ironía.)
- LUISA. ¿Por qué no?... (¡El mocito es maula!)
Siéntese usted.
- ENRIQUE. (Acercándose á Magdalena y tendiéndola la mano.)
¡Magdalena!
- ¿Está usted buena?
- MAGD. (Con fingida indiferencia.) ¡Sí; gracias!
¡Doña Luisa!...
- LUISA. (¡Esto se embrolla!
¡Si viene el otro, se arma!)
¿Qué? sobrina...
- MAGD. Si usted fuera
tan amable, que buscara
en mi tocador el libro
de don Enrique...
- LUISA. ¡Con alma
y vida!...
- MAGD. (Á Enrique.) ¡Ya le he acabado!
- ENRIQUE. ¡Oh! ¡no era mi prisa tanta!
- LUISA. ¡Sí! ¡leemos muy aprisa!
¡Voy á traértele! (¡Vaya!
este se empeñó y á todos
se nos va á llevar la trampa!)
(Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

MAGDALENA, ENRIQUE.

MAGD. ¿Qué es esto? ¿por qué ha venido usted tan temprano? (Con severidad.)

ENRIQUE. Estaba

impaciente, y además,
una sospecha...

MAGD. (Interrumpiéndole.) ¿No basta para calmar esas dudas la promesa de mi carta?

ENRIQUE. ¡Es que esta noche han llegado á mi oído unas palabras, que desmienten cuanto usted me ha jurado!

MAGD. (Con amargura.) Yo pensaba que no era gran sacrificio, estas tres horas que faltan esperar!

ENRIQUE. ¡Sí! era á las doce nuestra cita... y ¡cuánto el alma se ha alegrado, al ver cumplidas mis risueñas esperanzas!

MAGD. No sospecho cuales eran; pero he prometido y basta, que esta noche de mi suerte iba á decidir. Si me ama usted, como me ha jurado tantas veces; si le es grata mi amistad...

(Movimiento de sorpresa en Enrique.)

Ó mi cariño...

no prolongue aquí su estancia por más tiempo; ¡se lo pido por su amor!

ENRIQUE. ¡Esas palabras son como siempre, un misterio! ¡Magdalena, ya me cansa esta ficción! ¡No ha nacido para el engaño mi alma,

y todas las situaciones
de la vida han de ser claras!
¡Yo la amo á usted con locura!
Por usted no habría nada
que yo no hiciera! ¡Seamos
francos una vez! ¡Qué causa
le impide á usted aceptar
esta línea abierta y franca
que la he trazado?—El amor
atropella y avasalla
cuanto se opone á su curso.—
¡Magdalena! ¡Si me amas, (Con pasion.)
dilo de una vez! ¡Concluye
con cuanto á tu edad pasada
te ligue! ¡Yo no pregunto
por ayer; quiero el mañana!

MAGD. Á las doce de la noche
estos misterios se acaban.—
Á esa hora, Enrique, ó puedo
exigirte confianza
entera, respeto, amor,
ó aceptando la desgracia
de mi vida, huir del tuyo
para siempre!

ENRIQUE. ¡Cómo trata
tu ingenio de convencerme!
¡Con qué perfeccion satánica
para incitar el deseo
fingidos secretos trazas!
Óyeme. Dos meses hace
que se encontró mi mirada
con la tuya! Allá... en el fondo
de la pupila, una ráfaga
brilló de esa chispa eléctrica,
que en vano aun la ciencia trata
de definir! Nuestros ojos
en la sombra se buscaban
de la noche, y todavía
á pesar de la distancia
que nos separaba á entrambos
nuestros ojos se miraban!
¡Era aquel saludo mútuo

sis frases y sin palabras,
era aquel encuentro rápido
el primer beso del alma!
Desde entónces nos amamos;
mi imágen en tí se graba,
y mi fe guarda la tuya
de tanta ventura avara.

Ahora bien, nuestras dos vidas
á pesar nuestro se enlazan,
y libres y solas rompen
los yugos que las separan.
Tu vida saber no quiero.

que saber tu amor me basta:
si es tan grande como el mio,
tu secreto entero guarda!

MAGD. ¡No! La mujer que despierta (Con dignidad.)
el amor que hay en tu alma,
no puede ser bien querida
si no es ántes respetada!

Yo sé que abriga tu pecho
una duda que me infama;
yo sé que á creerme pura
ni tu mismo amor te basta;
y yo que lo soy, que tengo
en mi frente pruebas claras
de mi honradez, y lo dicen
mi sonrisa y mi mirada!... (Con entereza.)
quiero que borres tú mismo
la injusta, la negra mancha
que en mí notas, y halles limpia
la honra de la que amas!

ENRIQUE. ¡Cuando te oigo, me avergüenzo
de mí mismo! ¡Hay en tu cara,
y en tu acento, la energía
que da la verdad!... ¡No engaña
el vicio de esa manera,
es más grosera su máscara!
¡Perdóname!... ¡yo te creo!...

MAGD. No, Enrique; ya no me basta
que me escuches; necesito
pruebas, y pruebas tan altas,
tan irrecusables!...

- ENRIQUE. ¡Oh!...
- MAGD. Qué seas tú mismo el que haya
de pedir mi mano, entiendes?...
¡y honrarte mucho al tocarla!
- ENRIQUE. ¡Magdalena!... (Avergonzado.)
- MAGD. ¡Adios! ¡Es fuerza
que me dejes!... ¡que te vayas!...
- ENRIQUE. ¡Si yo te creo! (Con pasión.)
- MACD. ¡No importa!
- ENRIQUE. ¿Por qué te obstinas?... (Con recelo.)
- MAGD. (Con rapidez.) ¡La amarga
sospecha á agitarse vuelve!
¿Lo ves? ¡déjame!
- ENRIQUE. ¡Sin falta,
á las doce!...
- MAGD. ¡Pide á Dios
que escuche al fin mi plegaria!
- ENRIQUE. ¡Adios! (¿Cuál es su misterio?..)
- MAGD. (¡Ya es mayor mi confianza!)
(Enrique se va por el foro, saludando á Magdalena,
que le mira hasta que desaparece.)

ESCENA IV.

MAGDALENA.

¡No es posible que mis ruegos
sin producir eco, caigan
en su corazón! ¡Si ese hombre
la historia secreta guarda
de mi oscuro nacimiento,
como dice, al ver mis ansias,
al comprender el motivo
que me obliga á descifrarla,
ó tiene el alma de piedra
ó hará justicia á mis lágrimas! (Pausa.)
¡Oh! ¡me ama!... ¡Sí!... de otro modo,
(Refiriéndose á Enrique.)
mi vida ¿qué le importára?
¡Vería en mí otra mujer
nada más! ¡Sus esperanzas
no satisfechas, huiría

de mi lado! Aun alcanzadas,
cuanto de mí se dijera,
no haría mella en su alma!
¡Es fuerza que esto cobeluya!
(Doña Luisa, desde el dintel de la puerta, con
libro en la mano.)

ESCENA V.

MAGDALENA, DOÑA LUISA.

LUISA. Vamos; ¿se ha ido?... ¡no fué mala
la visita! (Bajando al próscenio.)

MAGD. (¡Esta mujer!)

LUISA. ¡Qué compromiso, si hallára
don Juan á este don Enrique
así, de noche, en tu casa!

MAGD. Si viene, avíseme usted
al punto. (Dirigiéndose á la izquierda.)

LUISA. ¡Cómo! ¿te marchas!

MAGD. Cuando don Juan llegue...

LUISA. (Interrumpiéndola.) ¡Bien!
(¡Yo no entiendo á esta muchacha!)
(Magdalena se va por la izquierda.)

ESCENA VI.

DOÑA LUISA.

Aunque quieran engañarme
es difícil. Que ellos se aman
es indudable. ¡Esa chica
no entiende el mundo, está en hábia!
Yo debía haberme opuesto
desde el principio á que entrara
aquí, mas como don Juan
no me había dicho nada...
¡y este jóven parecía
tan tímido! Sí; hoy sin falta
se lo digo todo... El libro
era un pretexto... «Baladas.»
(Hojeando el libro y leyendo en él.)

«El arroyuelo y la niña.»
«La paloma.» »No me amas.»
¡Versos! ¡y sigue el papel
sin interés!... Estas farsas
nunca lograrán vencerme...
¡Prosa! ¡prosa! que es más clara.
Los versos sólo están bien
en los estrechos... ¡y gracias!
(D. Juan entra por la puerta del foro.)

ESCENA VII.

DOÑA LUISA, D. JUAN.

LUISA. ¡Oh, señor don Juan; ya estábamos impacientes!...

JUAN. Mi tardanza
fué inevitable...

LUISA. Supongo...

JUAN. ¿Y Magdalena?

LUISA. Está mala,
agitadilla... Ahora poco
se retiró de esta sala.

JUAN. Voy á decirla...
¡Cuanto ántes
mejor!

LUISA. ¡Poco que me encarga
siempre: «Tia, en cuanto venga
avise usted!»

JUAN. ¡Pues ya tarda!...

LUISA. Y yo en seguida, al momento
que usted viene, haya quien haya,
la aviso.

JUAN. Bien: pues entónces,
siguiendo tan buena práctica,
vaya usted...

LUISA. ¡Naturalmente!
¡ya ve usted que voy!

JUAN. ¡Qué calma
tiene usted!...

LUISA. ¡Cá, no, volando!...
¡Ahí tiene usted, por si tarda,

una lectura agradable!...
Cosa de versos... «Baladas...»
¿Le gustan á usted los versos?
¡Á mí me revientan!

JUAN. ¡Vaya!

Doña Luisa. (Con impaciencia.)

LUISA. ¡Voy al punto!

Ahí tiene usted la butaca...

JUAN. ¡Estoy bien!

LUISA. ¡Hasta despues!

Ya voy, que luégo se enfada
si tardo.—¡Don Juan! (Saludando.)

JUAN. ¡Señora!

LUISA. ¡Ya no digo una palabra!

(Entra en la habitacion de la izquierda.)

ESCENA VIII.

D. JUAN.

¡Nunca sin cierto temor
de esta casa el umbral piso,
y alguna vez me es preciso
revestirme de valor!

¡Yo, perpétuo impenitente,
cuando miro á Magdalena,
siento en mi alma una pena
meláncolica y vehemente!

¿De qué nace esta inquietud

que acibara mi existencia?

¡Ó me sobra la conciencia

ó me falta la virtud!

ESCENA IX.

D. JUAN, MAGDALENA por la izquierda.

MAGD. ¡Don Juan!

JUAN. ¡Magdalena!

MAGD. ¡Espero

que mi recado disculpe!

JUAN. Tardé; pero no me culpe

- tu cariño de grosero.
- MAGD. ¡Yo esperaba! (Con resignacion.)
- JUAN. ¡Y yo he venido!
- ¡Hoy tu tia me ha contado
que estás mal!
- MAGD. ¡Ya se ha pasado!
- JUAN. ¡No importa; dime, qué ha sido!
- MAGD. ¡Una lucha que en mi mente
mi alma y mi razon tuvieron,
y dar el paso me hicieron
que ya usted mismo presente!
- JUAN. ¡Yo! (Sorprendido.)
- MAGD. Le dice su razon
con lenguaje harto conciso
que algun dia era preciso
tener una explicacion.
- JUAN. ¡Tú y yo!...
- MAGD. ¡Usted ha adivinado!
- JUAN. (¿Por qué me siento cobarde?)
- MAGD. Y le he llamado esta tarde,
porque ese dia ha llegado!
- JUAN. ¡Habla! te juro en verdad
que por más que hago no infiero...
- MAGD. No importa; pues yo lo espero
todo de su lealtad!
- JUAN. Dí. (Pausa.)
- MAGD. ¡No recuerdo mi infancia!
sé que al irse despejando
mi razon, me ví jugando
en un colegio de Francia!
Allí ví á mis compañeras
cuando las fiestas llegaban,
que con sus padres pasaban
horas y tardes enteras.
Y sin darse mi razon
ni aun cuenta de mi pesar,
me cansaba de jugar
y lloraba en un rincon:
¡ni un alma á verme venía
y yo lloraba por eso!
¡Me hacía falta... algun beso (Conmovida.)
de tantos como yo oía!

¡Pasaron dos años!... ¡tres!
Un día la directora
me presentó á una señora
que no he vuelto á ver despues!
Y como nadie venía
á sacarme de mi calma,
tengo aún grabada en el alma
aquella fisonomía!

JUAN.

MAGD.

JUAN.

MAGD.

JUAN.

MAGD.

¡Era tu madre!
(Conmovida.) ¡Verdad!
¡Cierto! y ya te he dicho yo
que á poco tiempo murió!
¡Horrible fatalidad!
aunque mi alma taladre
siempre quiero convencerme!

...Y;
Dos veces fué usted á verme
como amigo de mi padre!

¡Sí... yo lo era... (Cortado.)
Ya lo sé;

¡Y ya lo he contado todo!
sola y de aquel mismo modo
diez y ocho años pasé!
Con carta de usted un día,
y esto es lo que ya no acierto,
por haber mi padre muerto
me sacó de allí mi tía,
y á Madrid juntas llegamos...

JUAN.

MAGD.

Bien.

¡Y sin que usted me diera
una disculpa siquiera
solas aquí nos quedamos!
Me dijo usted que sería,
ya que á mi padre perdi,
otro padre para mí;
que nada me faltaría;
y que á mi mayor edad,
no habiendo razon ninguna
en contrario, mi fortuna
me entregaría.

JUAN.

MAGD.

¡Es verdad!
Entónces, si es que usted era
un amigo verdadero

de mi padre, y yo no quiero
creer que usted no lo fuera,
¿cómo no admitió á su lado
á la huérfana olvidada,
y por qué niña y honrada
aquí sola me ha dejado?

¿Cómo ha expuesto mi inocencia
á que dé sola un mal paso?

¿Pues qué, mi virtud acaso (Con entereza.)
no era mi mejor herencia?

¿Qué crimen he cometido
que así á ocultarme me obligan?

Si por nacer me castigan,
¿á quién nacer le he pedido?

JUAN.

¡Yo... te diré... yo creía
que siendo libre y soltero...
el camino verdadero
era vivir con tu tía!

¡Yo por tu vida velaba;
que tú te portaras bien
era justo, y yo también
mi libertad conservaba!

MAGD.

(Con intencion y convencimiento.)

¿Y si mi alma me dijera,
que esa mujer que á mi lado
usted mismo ha colocado
para guía y compañera,
del mundo en el precipicio
que yo sola he de cruzar,
sólo me puede guiar
por el sendero del vicio?

JUAN.

¡Oh! ¡qué dices!... (Turbadó.)

MAGD.

¿Si fuera ella
la enemiga de mi honra,
la que siembra mi deshonra
por donde estampo mi huella?
¿La que interpretando infame
la amistad que usted tenía
á mi padre, logra impía
que mala el mundo me llame?

JUAN.

¡No es posible!...

MAGD.

(Con seguridad.) ¡Yo lo sé!

¡por donde quiera que voy
blanco de calumnias soy!
y ¿usted no sabe por qué?
Porque vivo en la opulencia,
porque se ignora mi nombre,
porque saben que hay un hombre
que vela por mi existencia;
y usted que es hombre profundo.
verá bien que todo esto
es suficiente pretexto
para que lo piense el mundo.

JUAN. ¡Oh! yo no puedo creer... (Impresionado.)

Cuanto tu capricho mande.

MAGD.

¡Es una infamia muy grande!
(Conteniendo su llanto.)

perder así á una mujer!

Ahora bien: yo la riqueza

no quiero para vivir,

si mi nombre no han de oír

sin que bajen la cabeza!

Ó usted el nombre me da

con que mi padre vivía,

y siempre, á la luz del día

consigo me tiene ya,

ó desde este mismo instante,

aborreciendo mi cuna

y olvidando la fortuna

de mi porvenir brillante,

de esta casa he de salir,

y huérfana abandonada,

pediré pobre y honrada

trabajo para vivir!

JUAN.

¡Vamos... es una locura! (Vacilando.)

Si es que tu tía te altera,

vivirás de otra manera...

¡que no te vean procura!

En situaciones dudosas

triunfa quien aplomo tiene...

y sobre todo, conviene

no dramatizar las cosas!

¡Vamos, piénsalo mejor!

MAGD.

Pero ¿usted no me ha entendido?

JUAN. Quiero que des al olvido
ese susceptible error.
¡El mundo!... ¡quién vá á hacer caso?...
y puede... ¡tal vez mañana!...
¡espera!...

MAGD. (¡Esperanza vana! (Con amargura.)
¡Todo lo he perdido.)

JUAN. Acaso
ese nombre que deseas...
¡el tiempo tan veloz anda!...
En fin, tu padre te manda
que tú obediente me seas!

MAGD. ¡Oh! ¡de ese mandato incierto
á mi padre hago yo juez!
Si usted habla alguna vez (Con solemnidad.)
rezando, con los que han muerto,
dígame usted á mi padre (Bajando la voz.)
en momento tan sagrado,
que á su hija ha deshonrado
cuando deshonró á la madre;
y que es ménos criminal
ante el mismo Dios, de fijo,
quien deja morir á un hijo (Conmovida.)
desnudito en un portal,
que el que su nombre le niega,
y envuelta en el oro inmundo,
á las calumnias del mundo
la honra de su hija entrega!
¡Si álguien que no vive, vé
desde su postrer asilo
rodar el mundo tranquilo,
y ese es mi padre; yo sé,
que al ver que el mundo hace trizas
de su hija honrada el honor,
se estremecerán de horror
en su tumba sus cenizas!

JUAN. ¡Oh! (Aterrado.)

MAGD. (Con dignidad.) ¡Adios, don Juan! ¡desde hoy
no nos volvemos á ver;
yo buena he querido ser,
sola viví, sola estoy!
¡Culpa mia no será

si en brazos de mi destino
por ignorado camino
desbordada el alma va!
JUAN. Tu padre... (Conmovido.)
MAGD. ¡De él iba en pos;
en nombre suyo he hablado;
por él usted ha rechazado
mi súplica!
JUAN. (Queriendo detenerla.) ¡Atiende!
MAGD. (Con solemnidad.) ¡Adios!
(Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA X.

D. JUAN.

¡Oh! ¿qué es esto? Si es verdad
lo que mi oído escuchó,
¿qué he hecho de mi vida yo?
¡qué espantosa realidad!
¡Yo hice lo que otros hacian...
mas! otros abandonaban
á sus hijos, é ignoraban
si habian muerto ó vivian!
¡Yo de mi hija cuidé,
y creí hacer suficiente...
¡No puedo!... estalla mi frente!
¡y siento en mí un no sé qué
tan frio y aterrador,
como si oyera gritar
en mi oído sin cesar
la voz de un Dios vengador!
¡En vano á mi calma invoco...
no me explico lo que siento!...
¡Oh! ¡si sigo aquí un momento,
yo voy á volverme loco!
(Se vá por el foro precipitadamente.)

ESCENA XI.

DOÑA LUISA, por la izquierda viéndole salir.

¡Es él; ¡y se vá! ¿qué ocurre!

¡Vamos! ¡habrá descubierto
lo que pasa, ó ella misma
le habrá contado el suceso!...
¡Si yo estuviera en su caso!
¡Si hubiera sido en mi tiempo!
Si á mí hubiera venido uno
como ese Enrique, con versos,
á hablarme del «arroyito»
y «las palomas,» teniendo
un don Juan rico, elegante...
¡Las mujeres no tenemos
más suerte que nuestra cara!
de jóvenes ¡un lucero!
¡un sol! ¡labios de coral!
¡dientes de marfil! ¡cabellos
de azabache! ¡pie de ondinal!
¡cuello de cisne! Si; luégo
pasan unos cuantos años,
y una mañana el espejo
nos dice: «aquí hay una arruga,»
«que se vuelve blanco el pelo,»
«que asoma ya el pie de gallo.»
¡Cataplun! ¡Se acabó el cuento!
(D. Enrique entra por el foro.)

ESCENA XII.

DOÑA LUISA, ENRIQUE, por el foro.

- LUISA. ¡Otra vez! (Al ver á Enrique.)
ENRIQUE. ¿Y Magdalena?
LUISA. Permita usted, caballero;
yo soy tia y me extraña
que á estas horas!...
ENRIQUE. Á ella debo
la explicacion solamente
de mi visita, y la ruego
que me permita esperarla!
LUISA. ¿Ha visto usted á un caballero
que ha salido hace muy poco
de aquí mismo?
ENRIQUE. (Turbado.) ¡Yo!... (¡Era cierto!)

- LUISA. Pues mire usted, Magdalena tiene un... tutor... muy severo que no consiente visitas sino á mi gusto...
- ENRIQUE. (Dominándose.) No niego...
- LUISA. Yo soy tia de la niña, y de veras le aconsejo que no insista usted.
- ENRIQUE. La juro... que no...
- LUISA. ¡Porque pierde el tiempo!
- ENRIQUE. ¡Bien! (Con ironía.)
- LUISA. ¡Es hombre generoso, nos quiere mucho, y debemos guardarle constancia!
- ENRIQUE. (¡Eran estos todos los misterios! ¡miseria humana!) (Con ira reconcentrada.)
- LUISA. ¡Con todo, porque vea usted que quiero servirle, si usted promete ser desde ahora más cuerdo la avisaré!...
- (Magdalena sale por la puerta de la izquierda con un vestido de percal y un velo en el brazo. No debe tener alhaja de ningun género.)

ESCENA XIII.

DOÑA LUISA, ENRIQUE, MAGDALENA.

- ENRIQUE. (Al verla.) ¡Magdalena!
- LUISA. ¡Tú en este traje! ¿qué es esto?
- MAGD. Déjeme usted. (Con dignidad.)
- LUISA. Mira, niña...
- MAGD. ¡Déjeme usted! ¡yo lo ordeno!
- (Con entonacion dramática.)

ESCENA XIV.

MAGDALENA, ENRIQUE.

ENRIQUE. ¡Magdalena!...

MAGD. (Con agitación.) ¡Enrique, es hora
solemne ésta para mí!

ENRIQUE. ¿Cómo es que te encuentro así?

MAGD. Así al hombre que me adora
debo agradecer mucho más,

ENRIQUE. Un hombre de aquí salía
hace poco!

MAGD. (Con altivez.) ¡Desconfía
del mundo! ¡de mí jamás!
¡Oye! ese hombre, en quien ves hoy
tú, como el mundo un amante,
era un amigo constante
de mi padre. Para él soy
prenda de amistad sagrada,
pero lo juzgan delito,
y renunciar necesito
á esta vida calumniada!

ENRIQUE. ¡Era cierto, Magdalena, (Con ironía.)
que tú, huérfana sin nombre,
has recibido de un hombre
el fausto que te condena?
Magdalena, ¿perj verdad
que tu acento me engañaba
y ese hombre contigo estaba
en continua intimidación?

MAGD. ¿Y tú me juzgas así?
tu incertidumbre es cruel!

ENRIQUE. ¿Y hoy que has reñido con él (Con desprecio.)
vienes á buscarme á mí?

MAGD. ¡Enrique! (Indignada.)

ENRIQUE. ¡Que la respete (Con ira.)

aún exige esta mujer!
¡Basta ya! ¡no quiero ser
por más tiempo tu juguete!

MAGD. ¡Oye! y olvida tus celos!
niega tú esa infame historia! (Pausa.)

¿Tú crees en la memoria
de la Virgen de los cielos?

ENRIQUE. Sí... (Turbado.)

MAGD. (Sacando de su pecho un escapulario pequeño.)

¿Tú crees que es la estrella
que alumbró al amor que es puro?
¡pues yo ante su imagen juro
que soy tan pura como ella!

(Con solemnidad y entereza.)

ENRIQUE. ¡Basta! (Convencido.)

MAGD. Pues bien; llegó el plazo,

y aunque es tu fe tan escasa,

quiero salir de esta casa

ahora mismo de tu brazo!

Tú verás lo que has de hacer

de esta vida que te doy;

ya sabes que honrada soy

y que tuya debo ser;

cuanto aquí tuve, abandono;

¡huyamos pronto de aquí!

que aunque has dudado de mí,

¡yo te quiero y te perdono!

ENRIQUE. Olvida esa historia odiosa;

de mí no dudes jamás.

Como sales, llegarás

á ser ante Dios mi esposa!

Un tío tengo, un hermano,

á quien tal vez es forzoso

convencer: nuestro reposo,

nuestro bien está en su mano;

ven á su casa; es la mía;

él como yo te creará,

y él mi nombre te dará

mañana, á la luz del día!

MAGD. ¡Ser uno de otro juramos

ante Dios!

ENRIQUE. ¡Guéñenos él!

(Doña Luisa sale por la izquierda.)

LUISA. Magdalena...

MAGD. Este papel

para don Juan. (Le da una carta.)

LUISA. (Asustada.) ¿Cómo?

MAGD. (Á D. Enrique.) ¡Vamos!
(Vánse por el foro. Doña Luisa se queda absorta mirándolos.)

ESCENA XV.

DOÑA LUISA.

¡Y se van! ¡y se la lleva,
con vestido de percal!
¡Y aquí deja sus brillantes,
sus vestidos!... ¡loca está!
Y ahora ¿qué voy á hacer yo?
¿Cómo le digo á don Juan,
mi sobrina se ha escapado!
Justo, á mí me exigirá
el fiel cumplimiento de
mi responsabilidad!
«¿Por qué usted no avisó á tiempo!»
«¿Por qué no me dijo?...» ¡Bah!
Yo no le entrego la carta:
mañana, despues de estar
yo lejos de aquí, la echo
al interior, y él verá...
¿Quién lo habia de decir?
¡Es él! ¡Válgame san Blas!
(Aterrada, viendo entrar á D. Juan desencajado)

ESCENA XVI.

DOÑA LUISA, D. JUAN, por el foro.

JUAN. ¡Magdalena! ¡Magdalena!...
LUISA. (¡Échala un galgo!)
JUAN. (¡Ni hablar
puedo!) ¡Dígala usted al punto
que quiero hablarla!
LUISA. En verdad
que no sé cómo decir...
JUAN. ¡Vamos!
LUISA. Forzoso será
que sepa usted... ¡No está en casa!

JUAN. ¿Que no está en casa? (Sorprendido.)

LUISA. (¡Su afan

le vende; ya lo sospecha!)

JUAN. ¡Recibirme no querrá!

¡No importa! ¡Yo necesito
hablarla al punto! ¡Yo el mal
que la he hecho ciego y loco,
quiero ahora mismo enmendar!

LUISA. ¡Parece que ha visto á un jóven,
eso sí, guapo y galan,
y se acaba de ir con él!

¡Oh! yo he querido gritar...
he ido á impedir... he interpuesto
mi dudosa autoridad...

¡nada!... se ha ido, diciéndome
dá este papel á don Juan.

(Le entrega la carta de Magdalena.)

JUAN. ¡Qué es esto! ¡Tan pronto Dios
quiere castigarme ya!

LUISA. Conque ya vé usted, ¡qué lance!

JUAN. ¡Basta; no quiero oír más!

¡Déjeme usted!

LUISA. Yo le juro...

JUAN. ¡Déjeme usted!

LUISA. (¡Pues! ¡ni un real.)

(Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XVII.

D. JUAN.

¡Calma! ¡la sentencia escrita
tengo aquí del mal que he hecho!

¡Calma! ¡Dios le dé á mi pecho
toda la que necesita!

(Abre la carta y la lee con creciente agitacion.)

«Á usted en balde acudí
»de mi orfandad en defensa;
»yo le perdono la ofensa
»que ha hecho á mis padres y á mí!
»Yo renunció á la fortuna

»que el reposo me quitaba,
»que si ella me deshonraba
»no me hacía falta ninguna.
»La memoria de mi madre
»mi labio á la queja sella;
»¡haga usted rezar con ella
»por el alma de mi padre!» (Pausa.)

¡Ay de mí! ¿qué es lo que he hecho
de toda mi larga vida?
¡qué emoción desconocida
me está desgarrando el pecho!
¡Yo como todos creí
que no era un crimen dejar
fuera del paterno hogar
al ser que nació por mí!
¡Y yo tranquilo vivía!
¡y he reído! ¡y he gozado!
¡Yo era un vill! ¡yo era un malvado!
¡y nadie me lo decía! (Aterrado.)
¿Qué es lo que á aquel que reúne
oro y juventud, le aterra?
¡Tantas leyes en la tierra
y tanto crimen impune!
Y matan al que asesina,
al que roba en despoblado,
al que al crimen empujado
en él encuentra su ruina,
y á nadie la ley perdona
como criminal le llame,
¡y no matan al infame (Fuera de sí.)
que á sus hijos abandona!
Maldito de Dios viví,
y hoy despierta mi razón,
¡perdon! ¡Dios mío! ¡perdon!
¡perdon! ¡perdon para mí!
(Cae de rodillas en el proscenio.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

La misma decoracion del cuadro primero. Luces.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, el CRIADO.

ENRIQUE. (Cerrando con llave la puerta de la derecha.)
¡Haz tú mismo que Tadea
se levante más temprano!

CRIADO. Está bien.

ENRIQUE. Y en cuanto venga
mi tío, entras en su cuarto
y me avisas: yo esa llave
tengo; si llama, en el acto
vienes por ella!

CRIADO. ¡De modo
que en el corredor, aguardo
á que amanezca!

ENRIQUE. Te echas
en un sofá, mientras tanto
que Tadea se levanta.

CRIADO. ¡Allí mismo espero al amo?

ENRIQUE. ¡No: aquí! ¡Déjale que entre;
no le digas que le aguardo,
me avisas y nada más!

CRIADO. Ya estoy del todo enterado.

(Enrique coge un candelero con vela encendida y
se dirige á la izquierda.)

ENRIQUE. ¡Alumbro yo, señorito?
¿Tienes luz en el despacho?
CRIADO. ¡Si, señor!
ENRIQUE. (Deja el candelero.) ¡Pues no hace falta!
Quédate. (Se vá por la izquierda.)

ESCENA II.

EL CRIADO.

¡Vamos andando!
Ya tenemos en la casa
una mujer. ¡Era claro!
¡Un día ú otro!... Con todo,
si Jon Juan no se ha casado
jamás, para no tener
tan ridículos cuidados,
¿cómo tomará el proyecto
de su sobrino?—¡Es descaro
traerse así á media noche
á una mujer!—¡Sin embargo,
aquí debe haber misterio!
¡Ella con el velo echado
entró y él se quedó fuera!
despues ha cerrado el cuarto
con llave, y ahora se vá...
no hay duda que el lance es raro...
en fin, cuando el otro venga...
(Aparece D. Juan por el foro pálido y distraído.)
él es! (¡Cómo tan temprano!
¡aun no es la una!)

ESCENA III.

D. JUAN, RAMON.

JUAN. ¡Ramon!
CRIADO. ¡Señor!
JUAN. (Dándole el sombrero y el abrigo.)
¡Toma!
CRIADO. Ya he apagado

la chimenea, creyendo
que usted...

JUAN.

¡No importa!

CRIADO.

Es el caso

que el señorito me ha dicho...

JUAN.

¿Ha venido ya? (Con sorpresa.)

CRIADO.

¡Hace un rato!

JUAN.

¡Déjame solo!

CRIADO.

Está dentro,
y como me ha hecho el encargo
de que le avise...

JUAN.

¡Bien! ¡vete!

CRIADO.

(¡No está muy bien preparado!
Cargada viene esta noche
la atmósfera.) ¡Ya me marchó!
(Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

D. JUAN.

¡Ya estoy más tranquilo y veo
las cosas como son! ¡Vamos!
¿Á qué dar tanta importancia
á un suceso que aunque extraño
tiene clara explicación?
¡La mujer al fin y al cabo
siempre es mujer! ¡Necesita
para vivir el engaño
y la traicion! ¡De seguro
si yo me hubiera portado
de otro modo, si la hubiera
dicho: «¡Soy tu padre! cuánto
tengo todo es para tí,
mi nombre, mi hogar...» ¡Al año
ó ántes hubiera ella hecho
lo mismo! ¡Padres honrados
y buenos conozco á muchos,
que lloran desesperados
la perdicion de sus hijas!
Siempre estoy oyendo casos
de hijas que huyen de su casa

con el primer desalmado
que se lo exige: es la fruta
prohibida! Aun está el árbol
del paraiso en la tierra
y Eva es la misma. ¡No alcanzo
cómo yo que ya en el mundo
soy piloto antiguo y práctico,
me he visto envuelto en las olas
que nunca me han dado espanto!
¡Ella era mujer, ha visto
á un hombre, y aprovechando
el primer pretexto... ¡estriba
su virtud en no encontrarlo!
ha huido con él. Mañana
tal vez me vendrá llorando
á pedirme la fortuna
que hoy por su amor ha dejado!
¡Sí!... ¡esto es!... ¿para qué dar
á mi justo sobresalto,
siendo tan prosáico el hecho,
un giro melodramático?
¡La vida... farsa! ¡El amor...
comedia!... ¡el honor... teatro!
seamos espectadores,
que siempre es más descansado
ver la comedia y... fumar
despues en el entreacto!

(En toda esta escena y las siguientes se ve á D. Juan
presa de una agitacion nerviosa y sarcástica.)

ESCENA V.

D. JUAN, ENRIQUE por la izquierda.

ENRIQUE. Me alegre que hayas venido
tan pronto... ¿Te ha dado algo?
¿Estás mal? (Observándole fijamente.)

JUAN. ¡No! ¡Ha sido un sueño
sentimental y fantástico!...
¡Hoffman puro! ¡Pero el soplo
del Guadarrama ha calmado
la excitacion, y se encuentra

- mi espíritu frío y claro!
- ENRIQUE. ¡Agitado me pareces todavía!...
- JUAN. No hagas caso.
Con media hora en el juego,
con mucho ménos hablando
de política ó de bolsa,
me tienes tranquilo. ¡Vamos!
(Dirigiéndose al foro.)
- ENRIQUE. ¿Adónde? (Sorprendido.)
- JUAN. ¡Para Madrid
aun es día! ¡La una y cuarto!...
¡Hoy nos ha dado á los dos
el capricho estrafalario
de entrar en casa á la hora
que jamás hemos entrado,
y por eso nos sentimos
mal dispuestos!... (Sonriendo.)
- ENRIQUE. Oye un rato!
- JUAN. ¡Ah! es verdad, ahora me acuerdo...
tendrás que contarme el rasgo
final de aquella aventura...
¿La viste, la hablaste? vamos,
¿renunciaste á tus ideas
elevadas? Has llegado
y vencido como César,
has visto que era de barro
el ídolo. ¿Y cómo tan pronto
dejas desierto el santuario?
¡No dirás que ya no estoy
alegre!... Cuenta y riámos.
- ENRIQUE. ¡Te digo que no estás bien! (Observándole.)
- JUAN. La impaciencia con que aguardo
que me cuentes de ese amor
el fin vulgar y prosáico...
¡Era á las doce la cita!...
¡no has sido feliz gran rato!...
- ENRIQUE. ¡Juan! deja, si te es posible,
tu agitación, tu sarcasmo,
y óyeme. El lance es más grave
que te figurás.
- JUAN. Veamos.

(Se distrae involuntariamente y queda á poco simismado.)

ENRIQUE. Yo procuraré ser breve. Desde que á esa mujer amo dudaba de ella. Su vida era extraña... sus criados, á quienes yo interrogaba á menudo, me contaron que ella estaba en relaciones con uno hacía ya un año. Ese era el que, según dicen, mantenía su boato, su lujo... Yo alguna vez la indiqué estar enterado de todo; ella no entendía mis palabras, ó con cauto fingimiento... ¿no me escuchas?

JUAN. (Saliendo de su distracción con rapidez.)
¡Eh! si... te estoy escuchando...
¡Sigue... sigue!...

ENRIQUE. El otro día hube de decirla claro mis sospechas, y agitada, temblorosa, de sus labios brotó un santo juramento...

JUAN. ¡Las mujeres juran tanto!
¡Es costumbre de embusteros!

ENRIQUE. Al despedirnos quedamos en que me escribiera...

JUAN. ¡Sí!
te escribío, y para si acaso dudabas de ella, te daba una cita, en la que tanto te diria, que tú al fin aceptarías sin cargo de conciencia, el doble juego de su corazón, logrando un ascenso en su carrera tu amor supernumerario!...

ENRIQUE. ¡Conozco el método!... ¡Sigue!

JUAN. ¡Fuí ántes de las doce!...
¡Sandio!

¡á echarlo á perder!... ¡estaba
allí el otro!...

ENRIQUE. No; ¡mi santo
amor partir no queria
con nadie!

JUAN. ¡Estúpido! ¡cándido!
¡Conque tienes la fortuna
de que no te pida en cambio
de su amor una mujer
más que el tuyo! ¡Conque franco
tienes el camino, y tú
anhelas el puesto amargo
de amante oficial, con todos
sus fatales resultados!
¡Calaveradas de pollo!

ENRIQUE. ¡No! ¡amor verdadero! y tanto (Con fuego.)
que si hubiera visto á ese hombre
anoche allí... ¡yo la mato!

JUAN. ¡Y mañana los periódicos
nos dirían... «*Crímen bárbaro!*
» Anoche un jóven de la alta
» sociedad, ha asesinado
» á una señora, en la calle
» de tal... y número tantos...
» El inspector del distrito
» con dos guardias veteranos
» capturó al reo; el puñal
» tiene una cuarta de largo...»
y en fin... ¡todos los detalles
precisos y necesarios
para hacer que el suscriptor
quede satisfecho!... al caso!
(Con sonrisa burlona y despreciativa.)

ENRIQUE. ¡Ella misma, para darme
una prueba de mi engaño,
me propuso huir conmigo
de aquella casa!

JUAN. (Con emoción.) ¡Hola! ¡un rapto!
¡Cómo cunde esa manía!
¡Y tú, su amor admirando,
acceptarias!... ¡Tal vez
te haga creer que el villano

que la amaba, era algun hombre
criminal y sanguinario!
Y tú, ó lejos de Madrid
irás con ella, gastando
tu fortuna, ó aqui mismo
querrás llevarla del brazo,
para decir: «Esta alhaja
es mia!»

ENRIQUE. ¡Estás engañado!
¡quiero casarme con ella! (Con entereza.)

JUAN. ¡Tú! (Sorprendido.)

ENRIQUE. ¡Yo!

JUAN. ¡Habiéndola arrancado
de los brazos de otro hombre!

ENRIQUE. ¡Es que eso no es cierto!

JUAN. ¡Vamos!

¡hay dias de prueba, y hoy
el cielo me está probando!

ENRIQUE. ¡Es que yo en su virtud creo!

JUAN. ¡Tú!

ENRIQUE. Y sería necesario
que tú me dijeras mucho
para dudar de la que amo!

JUAN. ¿Había ella de decirte
la verdad? ¿Qué prueba ha dado
de su inocencia? ¿Por qué
la has creído?... ¿Sus criados,
la opinion pública, tú,
no sabeis bien lo contrario?

ENRIQUE. ¿Crees tú en la Virgen?

JUAN. (Sin acertar á responder.) ¡Yo!...
¡esa pregunta!... no alcanzo...

ENRIQUE. ¿Crees tú en la santa Madre
del Redentor? ¿Hay algun labio
capaz de manchar su nombre
con un juramento falso?
Pues bien, por la Virgen pura (Con solemnidad.)
ella misma me ha jurado,
que es tan pura como ella!

JUAN. Si ese juramento santo
yo te hiciera... Si ese hombre
me le hubiera á mí jurado,

- lo creería! ¡Pero ella!...
¡Es mujer! jurará en falso!
- ENRIQUE. ¡No! en su frente, en su mirada,
en todo su ser, hay algo
de verdad irresistible!
Cuando te oigo hablar, esclavó
de tu frio raciocinio,
pienso mal! Me has enseñado
á dudar de todo, y dudo!
Pero cuando de sus labios
brota su acento... y no te oigo,
la creo!...
- JUAN. ¿Qué ha resultado?
- ENRIQUE. ¡Que no está en su casa!
- JUAN. Entónces...
por lo visto, está hecho el daño.
- ENRIQUE. Si le hay, sí! Yo he dado crédito
á todo; de tí la he hablado
por el camino, y es fuerza
que la veas.
- JUAN. Pero en tanto,
¿dónde está?
- ENRIQUE. ¡Aquí!
- JUAN. (Con sorpresa.) ¿La has traído
á casa?
- ENRIQUE. Asilo sagrado
me parece!... Si tú la oyes
sin prevencion, como aguardo;
si te convence, tú mismo
aprobarás este paso.
- JUAN. ¡Enrique, es una locura!
¿Qué habrán dicho los criados?
¿Y á quien entra de ese modo
aquí, quieres dar tu mano?
- ENRIQUE. ¡No me hables más! ¡Necesito
creer, y estás infiltrando
en mí ser todo el horrible
veneno del desencanto!
¡Calla hasta que no la veas!
¡Deja que te hable, y si acaso
yo estoy loco, deja al tiempo,
que él me dará el desengaño!

JUAN. ¡Aquí... y ha sido esta noche! (Pensativo.)

ENRIQUE. Hemos venido hace un rato.

JUAN. Vamos allá. (Dirigiéndose á la derecha.)

ENRIQUE. (Deteniéndole.) No quisiera
que de pronto... La preparo,
y con ella salgo al punto...

JUAN. Está bien... (¡Pobre muchacho!)
(Enrique se va por la puerta derecha.)

ESCENA VI.

D. JUAN.

¡Está en la dichosa edad
en que vive el corazón
sin pedir á la razón
su fría tranquilidad!
(Bello es amar y creer,
como es dudar un infierno!
¡Gran dicha es creer eterno
el amor de una mujer!
¡Sentirle inmenso y profundo
en el alma y en la mente,
y lanzarse á la corriente
alborotada del mundo!
¡Con qué ciega confianza
y con qué halagüeña tinta,
con qué color borda y pinta
lo futuro la esperanza!
¡Y qué pronto, sin piedad,
ese lienzo borra y trueca
con su mano árida y seca
la espantosa realidad!... (Pausa.)
¡Solo una cosa en el mundo
resiste sin duda alguna
á la contraria fortuna
y al desengaño profundo!
¡La familia! el cumplimiento
de ese sagrado deber,
que al darle la vida á un ser
le da todo nuestro aliento!
¡que nos hace respetar

aun del ser más vil y bajo,
el fruto de su trabajo,
la santidad de su hogar!
Ese lazo es el broquel
que resiste al tiempo helado:
¡infeliz y desgraciado
del hombre que está sin él!
Yo me he buscado este afán
que labra mi desventura,
y mi soledad futura...

ENRIQUE. ¡Ven! (Á Magdalena en la puerta de la derecha.)
(Saca de la mano á Magdalena y la acerca á D. Juan.
Ambos se reconocen y se separan aterrados.)

JUAN.

¡Cielos!

MAGD.

¡Jesús! ¡Don Juan!

ESCENA VII.

MAGDALENA, D. JUAN, ENRIQUE.

ENRIQUE. ¿Qué es esto? (Sorprendido.)

JUAN. (Cogiéndole de la mano y con alegre expansion.)

¿Era esa mujer

en la que tú fé tenías,
y á mi casa me traías?

¡Si no lo puedo creer!

MAGD. (Con rapidez y sobresaltada, á Enrique.)

Era ese el solo pariente
por cuya alma generosa
á ser iba yo tu esposa?

JUAN. Y el que en tu dicha consiente. (Con expansion.)

ENRIQUE. (Á D. Juan con frialdad sarcástica.)

¿Eras tú, responde, el hombre
que su fausto alimentaba,
el que proteccion la daba?

JUAN. ¿Qué hay en eso que te asombre?

ENRIQUE. ¡Esta es la mujer que yo

honrada y pura creí?...
Con la que vengo hasta tí...

la que su amor me juró...

¡Y de la cual, como es justo,
tú la virtud no creyendo

me apartarás, conociendo
la verdad?...

JUAN. ¡Eres injusto!

¡Yo al cielo gracias le doy
porque puedo subsanar,
todo cuanto he hecho llorar
á esa niña!

ENRIQUE. ¡Absorto estoy!

¡Tú! (Con ironía terrible.)

JUAN. ¡Sí! ¡yo mismo te ruego
que hagas su dicha presente!

ENRIQUE. ¿Me crees tan inocente
que no entienda vuestro juego?

¡De acuerdo sin duda alguna,
pues ya ella te era enojosa,
me has preparado esa esposa
para explotar mi fortuna!...

¡Tú, de alma fría y gastada
y de corazón de cieno,
á todo pudor ajeno,
me la darás por honrada!

¡Inventarás una historia!...

¡que su padre desgraciado

al morir te la ha encargado

dejándola una memoria!...

¡y en pasando la sorpresa

natural, yo convencido,

me ofrezco á ser su marido!...

¡Esa es la farsa! ¿No es esa?

JUAN. ¡Cómo! (Aterrado.)

MAGD. ¡Y puedes sospechar! (Indignada.)

ENRIQUE. ¡Sí! si tú me has enseñado... (Fuera de sí.)

JUAN. ¡Oh!

ENRIQUE. ¡Si tú me has educado!

¿me he de dejar engañar?

JUAN. ¡Dios mío!

MAGD. (Fuera de sí.) ¡Deja que exija
de mi honradez una prueba!

JUAN. (Con acento terrible y rápido.)

¡No hay nadie que hablar no deba
con respeto de mi hija!

ENRIQUE. ¡Qué! (Retrocédjendo.)

MAGD. (Horrorizada.) ¡Cómo! Yo hija de ese hombre
que ha dejado que se cebe
en mí la calumnia aleve
manchando mi honra y su nombre!

¡Mi padre! (Con desesperacion.)

JUAN. (Con ansiedad.) ¡Tu padre! ¡Sí!

MAGD. ¡Que sola me abandonó!
¡Dios del cielo! ¡qué he hecho yo
para castigarme así?...

(Movimiento de horror en D. Juan y en Enrique,
que se acerca á ella.)

JUAN. ¡Oh! (Cubriéndose la cara con las manos.)

ENRIQUE. ¡Magdalena, piedad! (Señalando á D. Juan.)

MAGD. ¡Y de mí no la ha tenido
mi padre, cuando me ha oido
quejarme de mi orfandad!

JUAN. (Clavando los ojos en el cielo.)
¡Tu justicia satisfecha
debe estar... ya me dió el fruto:
yo he sembrado infamia y luto
y es de llanto la cosecha!

(Magdalena permanece cruzada de brazos y con los
ojos bajos.)

ENRIQUE. ¡Magdalena!

JUAN. ¡El alma absorta
el juicio de Dios acata!

¡Con una frase se mata,
y tú me has muerto! ¡No importa!

¡Yo tu nombre te he robado,
yo tus besos no he pedido,
yo he dado infame al olvido
la existencia que te he dado!

¡De mi crimen los destellos
hoy son mi horrible cadena!

¡hoy Dios mismo me condena
á que pises mis cabellos!

(Arrodillándose y dejando caer su cabeza á los pies
de Magdalena, que le levanta en el acto.)

MAGD. ¡Oh! ¡no! que la paz te envia,
que mi perdon te prepara!
si yo no te perdonara
Dios no nos bendeciría!

JUAN. Para ti su bendicion;
y si basta á tus bondades,
(Mirando al cielo.)
por un siglo de maldades
una hora de contricion,
¡yo creo y espero en tí!
¡Envía pues, justo Dios,
tu bendicion á los dos,
y tu perdon para mí!
(Ellos están de rodillas. Él extiende las manos sobre
sus cabezas y deja caer la snya sobre el pecho.)

FIN DE LA COMEDIA.

*Habiendo examinado esta comedia, no hallo
inconveniente en que su representacion sea au-
torizada.*

Madrid 2 de Diciembre de 1863.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

En la página 45 queda suprimida de orden del señor Censor la redondilla

ENRIQUE. Sí. (Turbado.)

MAGD. ¿Tú crees que es la estrella
 que alumbra al amor que es puro?
 ¡pues yo ante su imagen juro,
 que soy tan pura como ella!

Y se sustituye con el siguiente:

ENRIQUE. Sí. (Turbado.)

MAGD. ¿Su imagen venerada
 es un testigo seguro?
 ¡yo ante su imagen te juro
 que soy pura y soy honrada!

En el cuadro tercero, página 56, donde dice:

que es tan pura como ella,

debe decir:

que es inocente y honrada.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

En la edición de este libro se han utilizado los tipos de letra de la imprenta de la Universidad de la Habana.

El autor desea agradecer a los señores
Dr. Manuel de los Angeles
y Dr. Manuel de los Angeles
por su colaboración en la edición de este libro.

Y a los señores de la imprenta

de la imprenta de la Universidad de la Habana
por su colaboración en la edición de este libro.

En la edición de este libro se han utilizado los tipos de letra de la imprenta de la Universidad de la Habana.

El autor desea agradecer a los señores

Dr. Manuel de los Angeles

y Dr. Manuel de los Angeles

ZARZUELAS.

Americanos de pega.....	1	R. María Liern.....	Libro.
Dos telégramas.....	1	Portero y Segura.....	Libro.
El aceite de bellotas.....	1	R. María Liern.....	L. y M.
El gran día.....	1	N. Serra y Bengoechea.....	L. y M.
El que va á morir te saluda.....	1	Belza y Balart.....	L. y M.
El sargento Lozano.....	1	Hurtado y Nuñez-Robres.....	L. y M.
Entre bastidores.....	1	N. Serra y Carreras.....	L. y M.
Flor de los cielos.....	1	N. Serra y Bengoechea.....	L. y M.
Fuego en guerrillas.....	1	Manuel Nieto.....	Música
La voz de España.....	1	Altadill y Fossa.....	L. y M.
Las hijas de Fulano.....	1	Amalfi y Fernandez Caballero.....	L. y M.
Los rosales de Mañana.....	1	Guillermo Cereceda.....	Música
Pedro el Veterano.....	1	Liern y Monfort.....	L. y M.
Un sevillano en la Habana.....	1	Leopoldo Palomino de Guzman.....	Libro.
El hostelero de Riela.....	3	Belza y Gabriel Balart.....	L. y M.
Una cancion de amor.....	3	A. Hurtado.....	Libro.

Ha dejado de pertenecer á esta Galería la comedia en un acto de D. Eduardo Navarro, titulada: *Por un descuido*, y la música de las zarzuelas en un acto del Sr. Rossetti, tituladas: *El cuerpo del delito*; *El padre de mi mujer*; *Un auto de prison*, y *Un jaleo en Triana*.

Tambien han dejado de pertenecer á esta galería las obras siguientes del Sr. Breton de los Herreros: *Por una hija*, comedia en un acto, *Al pie de la letra*, *Cuando de cincuenta pases*, *El abogado de pobres*, *Elvira y Leandro*, *Entre dos amigos*, *La hermana de leche*, *La hipocresía del vicio*, *Los sentidos corporales*, *María y Leonor*, y *Mocedades*, comedias en tres actos, y el libro de la zarzuela en tres actos, *Cosas de D. Juan*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9,

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.